

# Cosas pequeñas como esas

## CLAIRE KEEGAN

Traducción de Jorge Fondebrider





## COSAS PEQUEÑAS COMO ESAS

Claire Keegan

*Qué quietud había ahí arriba, pero ¿por qué nunca estaba en paz? El día aún no despuntaba, y Furlong miró hacia el río oscuro y brillante cuya superficie reflejaba partes equivalentes del pueblo iluminado. Eran tantas las cosas que se veían mejor, cuando no estaban tan cerca. No pudo decir cuál prefería; si la vista del pueblo o su reflejo en el agua.*

Invierno de 1985 en un pequeño pueblo irlandés. Bill Furlong es un hombre amable y un trabajador infatigable, vende carbón y madera. Su única preocupación es que a su esposa y a sus cinco hijas no les falte nada. Lleva una vida tranquila y rutinaria, hasta que un día, mientras entrega un pedido en el convento del pueblo, se involucra en una situación que le devuelve otra imagen de su pasado, dejándolo en medio de una encrucijada definitiva: por un lado, seguir su instinto de autopreservación y mirar hacia abajo, por el otro, actuar con coraje y hacer lo correcto, sin

importar las consecuencias. Claire Keegan, una de las voces más potentes de la literatura irlandesa contemporánea, se detiene con perspicacia en esas pequeñas cosas que hacen la diferencia y construye una novela de una delicadeza conmovedora.

*En Cosas pequeñas como esas, Claire Keegan crea escenas con asombrosa claridad y lucidez. Esta es la historia de lo que sucedió en Irlanda, contado con simpatía y precisión emocional.*

Colm Tóibín



Placa conmemorativa ubicada en St. Stephen's Green Park, Dublín.

# Cosas pequeñas como esas

CLAIRE KEEGAN

Traducción de Jorge Fondebrider



ETERNA CADENCIA EDITORA

# Índice

Cubierta

Sobre este libro

Portada

Dedicatoria

Epígrafe

1

2

3

4

5

6

7

Nota sobre el texto

Agradecimientos

Sobre la autora

Página de legales

Créditos

*Esta historia está dedicada a las mujeres y niños que  
padecieron en los hogares para madres e hijos y en las  
Lavanderías de la Magdalena de Irlanda.*

*Y a Mary McCay, maestra.*

“La República de Irlanda tiene derecho a la lealtad de todos los irlandeses e irlandesas, y por la presente, la reclama. La República garantiza la libertad religiosa y civil, la igualdad de derechos y la igualdad de oportunidades para todos sus ciudadanos, y declara su determinación de buscar la felicidad y la prosperidad de toda la nación y de todas sus partes, valorando a todos los niños de la nación por igual”.

DEL ACTA DE PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA DE  
IRLANDA, 1916

# 1

En octubre hubo árboles amarillos. Después, se atrasó la hora de los relojes y los prolongados vientos de noviembre llegaron, soplaron y desnudaron los árboles. En el pueblo de New Ross, de las chimeneas salía humo que se disipaba y desvanecía en extensos hilos desmelenados antes de dispersarse por los muelles, y pronto el río Barrow, oscuro como cerveza negra, creció con la lluvia.

La mayoría de la gente soportaba tristemente el clima: tenderos y comerciantes, hombres y mujeres en la oficina de correos y en la cola de los desempleados, en el mercado de hacienda, la cafetería y el supermercado, en el bingo, los pubs y en el negocio que vendía pescado y papas fritas comentaban, a su manera, sobre el frío y la lluvia que había caído, preguntando si ese clima inusual no era un mal presagio porque, ¿quién iba a creer que, de nuevo, ese era apenas otro día de frío glacial? Los niños se subían las capuchas antes de dirigirse a la escuela, mientras que sus madres, ya muy acostumbradas a agachar la cabeza y a correr hacia el tendedero, o casi sin atreverse a colgar

nada, tenían poca fe en que, antes de la noche, se les secara siquiera una camisa. Y luego llegaban las noches y las heladas volvieron a imponerse, y por debajo de las puertas se deslizaban cuchillas de frío y les cortaban las rodillas a los que todavía se arrodillaban para rezar el rosario.

Bill Furlong, quien manejaba el depósito de carbón y madera, se frotó las manos, diciendo que si las cosas seguían así, iban a necesitar un nuevo juego de neumáticos para el camión.

-Está en el camino todo el tiempo -dijo-. Pronto vamos a estar en llanta.

Y era verdad: apenas salía un cliente del patio, llegaba otro, pisándole los talones, o sonaba el teléfono, y casi todos decían que querían la entrega de inmediato o pronto, que la próxima semana ya no serviría.

Furlong vendía carbón, turba, antracita, carbonilla y troncos. Se los encargaban de a cien kilos, de a cincuenta, o por tonelada o camionada. También vendía fardos de briquetas, leña y garrafas. El del carbón era un trabajo muy sucio y, en invierno, había que recogerlo mensualmente en los muelles. Dos días enteros les tomaba a los hombres recogerlo, transportarlo, clasificarlo y pesarlo en el depósito. Mientras tanto, los marineros polacos y rusos eran una novedad, yendo por el pueblo con sus gorros de piel y sus abrigos largos y abotonados, sin decir apenas una palabra en inglés.

En épocas ocupadas como esa, Furlong hacía personalmente la mayoría de las entregas, dejando que los trabajadores empaquetaran los otros pedidos y cortaran y dividieran las cargas de árboles talados que traían los granjeros. Por las mañanas, se podía escuchar las sierras y las palas trabajando duro, pero cuando sonaba la campana del Ángelus, al mediodía, los hombres dejaban las herramientas, se lavaban las manos y se iban a Kehoe's, donde los viernes les servían almuerzos calientes, con sopa, pescado y papas fritas.

-Coman hasta saciarse -le gustaba decir a Mrs. Kehoe, de pie detrás del nuevo bufé de su cantina, cortando la carne y sirviendo las verduras y el puré con grandes cucharas de metal.

Con gusto, los hombres se sentaban para deshelarse y comer hasta saciarse, antes de fumar y volver a salir al frío otra vez.